

El drama de una inmigración que no cesa...

Miguel J. CARRASCOSA SALAS.

El Centro UNESCO de Andalucía, con sede en la Facultad de Ciencias de la Educación de la Universidad de Granada, hace público su dolor y solidaridad por la trágica muerte, en la costa de Motril y en el poniente almeriense, de 28 inmigrantes (entre ellos de 9 niños) de origen subsahariano.

El drama de la inmigración descontrolada y creciente, en manos de organizaciones mafiosas sin escrúpulos, está poniendo de manifiesto, una y otra vez, la condenable indiferencia e imprevisión de los Estados del bienestar, que no han tomado en serio, ni mucho menos, el gravísimo y lacerante problema que representa, para los países y pueblos en vías de desarrollo, el incesante flujo de inmigrantes a las costas de Canarias, Granada y Almería.

Se trata de una situación realmente insoportable, cruel y apremiante, que exige –cómo no- la urgente cooperación de todos los países del mundo, especialmente de los situados en la privilegiada órbita del bienestar; de las llamadas grandes potencias que controlan –siempre a su favor- la industria, los mercados, el petróleo, la cadena alimenticia, las fronteras, los espacios y hasta el tiempo... También –no faltaba más- de los países más pobres del planeta, que han de generar y poner en práctica, con la ayuda, orientación y cooperación del primer mundo (responsable en gran medida de la marginación y de la pobreza de los países emisores de inmigración) planes y programas de promoción integral de sus respectivas comunidades.

Sí, estamos de acuerdo: la urgentísima e inaplazable cooperación al desarrollo, tan “cacareada” en los grandes foros internacionales, representa la única solución viable al lamentable y doloroso drama de las pateras, de la inmigración descontrolada, en manos hoy de anónimas y desalmadas organizaciones mafiosas.

Pero la obligada respuesta de las organizaciones internacionales como el omnipotente y desconsiderado **G-8**, de los Estados más poderosos del mundo y de las propias sociedades instaladas en un nivel de vida más que satisfactorio, sigue sin producirse. Mientras tanto, continúa creciendo, en progresión geométrica, la extrema pobreza del tercer y cuarto mundos, y, por si faltaba poco, el clan de las grandes potencias disminuye drásticamente la obligada y urgente cooperación al desarrollo de los pueblos menos favorecidos. ¿Se puede dar mayor crueldad que la de estos prepotentes

organismos, que sólo se mueven por intereses puramente mercantilistas, desoyendo los gritos desesperados de los hambrientos de la tierra, que las aguas de nuestros mares se encargan de silenciar para siempre?

La trágica situación que se vive en el tercer y cuarto mundos no se va solucionar poniendo muros y controles al incesante flujo de la inmigración, aunque estemos de acuerdo con el establecimiento de una normativa reguladora de este necesario dinamismo. Elemental. Pero el hambre no admite espera. Requiere la respuesta de los que pueden y deben –por razones de justicia y solidaridad- evitarla a toda costa si no queremos que sigan produciéndose en nuestros litorales, ante la condenable indiferencia de unos y otros, las dramáticas y desgarradoras escenas que han conmovido recientemente las costas de Motril y Almería.

¡Qué honda tristeza, que profunda rabia –mezclada de impotencia- nos ha producido a todos la muerte de 28 inmigrantes procedentes de la azotada África Subsahariana! Cuando este verano nos acerquemos, para disfrutarlo, al viejo mar de Motril o al cálido litoral del poniente almeriense, nos vendrá enseguida a la memoria el recuerdo estremecido de unos niños de piel oscura y ojos interrogantes, que, arrancados del pecho de sus madres por la furia de las olas, “no tendrán nunca una pizarra, ni un cuaderno, ni lápices de colores, ni libros de cuentos. Ni siquiera una canción de cuna para dormir bajo las estrellas y sobre la hierba, o una narración oral sobre las leyendas ancestrales de su pueblo” (Mary Luz Escribano Pueo).

Quiera Dios que, junto a este imperecedero recuerdo de voces apagadas, de canciones y sueños infantiles interrumpidos por el furor de olas, recobremos la conciencia perdida y nos hagamos responsables, en gran medida, de una insostenible situación de abandono a su suerte que padecen los pueblos más desheredados de nuestro planeta, tan lejos y a la vez tan próximos a nuestros litorales... Esas madres huérfanas de hijos, que se verán obligadas a un imposible olvido, tendrán que ser –a partir de ahora- el testimonio vivo, acusador, de un dramático acontecimiento que jamás tendría que haberse producido ante la condenable indiferencia de los que pudieron y debieron evitarlo. ¿Hasta cuándo, poderosos Estados del mundo, hasta cuándo...?

Granada, julio de 2008.